

¿En el túnel?

Arnaldo Jiménez

Siempre había estado cerca de ellos; pero no podía decir que los conociera a profundidad. Ese día me decidí a vigilarlos y a estudiar con más detalle todos sus movimientos. Los miraba desde una distancia prudencial. Separado por una especie de telilla acuosa, un cristal blando que recorre todo el espacio y no permite captar la nitidez de los objetos ni de los seres. Las escenas pueden describirse con cierta exactitud, pero los rasgos físicos, los gestos, las actitudes que delatan los signos de un carácter, se deforman inevitablemente, solo llegan al observador algunos valores aproximados tejidos por la duda. Romper la telilla es más que imposible, lo intenté en varias oportunidades cuando no había comprendido que su extensión omnipresente e impertinente servía al mismo tiempo para resguardarme de ellos y ellos de mí. A pesar de toda la fuerza que utilicé no pude rasgarla, su debilidad es solo una apariencia más que ella deforma en el juego constante de sus luces y sus sombras que se bambolean de un lado a otro como una lámpara abatida por la brisa. La he recorrido toda y no hay la más mínima fisura en ninguno de sus ángulos. Las voces, los ruidos, los sonidos de cualquier tipo, son los que más sufren distorsiones, se escuchan agrandados, metálicos, como golpeando contra paredes cercanas. Entender los mensajes es una tarea difícil, diría que improbable, el único recurso es deducirlos de acuerdo al contexto de las acciones.

Nadie podía sospechar de mi presencia, interno en uno de los recovecos del túnel mis ojos giraban dominando todo el escenario. Siempre les he tenido miedo, es por ello que solo he llegado a los límites que sin saberlo nos hemos



colocado, palpo el espacio, paso y me retiro rápidamente. Esa vez, sin embargo, asumí el reto de permanecer más tiempo al lado de ellos, de doblegar mis temores y adentrarme a curiosear en sus meandros de horror. He aquí lo que observé: no puedo ocultar que son cria-

turas muy extrañas y que su ambiente natural es la noche. Suelen moverse en lo prohibido creando alrededor de ellos una serie contigua de charcos llenos de sustancias asquerosas, a juzgar por la opacidad y la espesura de sus viscosidades que a veces beben desesperada-

mente. Gesticulan de manera torpe, no obstante, son precisos cuando atacan, y esta es la característica más despiadada que les diferencia de todos los demás seres infernales que he conocido o de los que he tenido noticia. La convivencia entre ellos se mantiene en una constante tensión: merodean, tantean mirándose unos a otros, esperando que en un momento inesperado cualquiera de ellos se abalance sobre una víctima y le desgare las tripas, explote su cabeza o desintegre los largos brazos que desde temprana edad comienzan a adiestrar. Sus esqueléticas figuras (¿o debo decir grotescas?) deambulan de un lado a otro del túnel buscando un error, una falla en la comunicación; cuando esto ocurre, los horribles sonidos que emiten sus huesudas fauces espantan al ser más valiente que pueda existir, al más preparado para manejarse con lo desconocido. En la oscuridad sus ojos rojizos parecen miradas felinas que escrutan el fondo intangible de las almas. No tienen colmillos ni le temen al amanecer, pero a veces dejan caer desde sus belfos largos cordoncillos de sangre.

El más grande de ellos domina el espacio, los demás se retiran cuando él entra, pueden erigirse, aunque generalmente caminan casi agachados dadas las características espaciales y, en cierto modo, históricas del túnel, los brazos a veces rozan el piso y tienen vellos (¿o espinas?) desproporcionadamente largos y puntiagudos que recorren toda la extensión de los brazos y las extremidades inferiores. Esa vez pude darme cuenta de que lo que parecen ser débiles facciones físicas, se escamotean bajo las pieles de agresividad de los movimientos, la

VIENE DE LA PÁG 1

“

Esa vez presencié el final de uno de ellos”...

vigilancia continua y unas prolongaciones afiladas que se extienden repentinamente desde sus manos. La luna no ejerce ninguna influencia maléfica sobre ellos, ella pasa y se descuartiza en el mar superior y estas criaturas no se percatan de absolutamente nada; ni siquiera cuando, bajo ciertas y determinadas reglas, salen al exterior y andan entre nosotros con sus atuendos invisibles, tocando nuestros miedos, registrando nuestras racionalidades y llevando toda la comprensión que ostentamos a los archivos de lo inverosímil.

Esa vez presencié el final de uno de ellos: el más alto penetró en el túnel y miró hacia todas partes, es la costumbre que adquieren debido a la increíble manera que tienen de compartir las emociones y de negociar la tranquilidad del sitio. Todos los ojos flotaban en el espacio y caían en turnos más o menos constantes sobre cada cual, incluso sobre sí mismos. Yo también sentía una presión, una fuerza que me impulsaba a salir y mostrarme; pero eso hubiese complicado todo. Una de las criaturas se levantó en dos patas y vociferó algo con una decisión poco vista ante aquel que, a todas luces, era el jefe del espacio y comandaba las acciones. El más alto se retiró y dio la espalda, andando casi a cuatro patas, el resto se fue arrojando poco a poco hacia la otra criatura que mostraba mucha más carne y densidad ósea y cuya cara estaba rodeada de una melena encrespada y rígida. El más alto se percató de que lo estaban dejando solo y girando sobre sí mismo corrió hacia la otra criatura y la haló por las gudejas lanzándola al piso con brusquedad ilimitada, luego se posó sobre ella hundiendo sus largos o cortos dedos afilados en el cuello, rasgando de adentro hacia afuera, la criatura pateaba, braceaba el aire queriendo que alguno de los espectadores la ayudara, pero nadie interrumpía la acción, el alto cada vez imprimía más fuerza a sus dedos y enrostraba y escupía espesos oleajes de baba o de sangre. La otra criatura se retorció en el piso emitiendo un alarido desesperadamente

espantoso. El horror me hizo sentir que podían verme y hasta tocarme, me daba la impresión de que ninguno de ellos quería admitir allí mi presencia, me pareció que disimulaban y fingían tener toda la atención puesta en los acontecimientos, sin embargo, la cercanía era tan íntima que podía dar por seguro que, así como yo los estaba observando, así mismo podían ellos mirarme a mí. El miedo que sentí fue indescriptible. Los demás se apresuraron a tocarle la herida y gritaban y miraban hacia arriba y volvían a emitir larguísima gritos húmedos y articulados en forma de melodía plañidera y aberrante. Entonces el otro, el alto, comenzó a temblar de manera incontrolable y dando un grito muy fuerte templó todo su cuerpo hacia arriba y yo pude ver cómo los fluidos de sus órganos internos adquirían una velocidad inverosímil y latían en oleajes de múltiples colores. Bajó la cabeza y un breve silencio cayó sobre él aplastando sus ojos; luego, dando muestra de su temperamento, agarró el cadáver y lo arrastró perdiéndose hacia el sonido lejano de lo que parece ser una corriente de agua. Los demás trataron de impedirlo; él volteaba y, con solo clavar sus ojos en ellos, los inutilizaba.

Desde esa vez he tenido la oportunidad de acercarme con más regularidad a estos seres, llamados entre sí humanos, pero siempre tengo la precaución de palpar el espacio, pasar y retirarme rápidamente al otro lado de la telilla deformadora.

Fin

EL AUTOR



Arnaldo Jiménez

(La Guaira, 1963). Poeta, narrador y ensayista. Licenciado en Educación por la Universidad de Carabobo. Es miembro del equipo de redacción de la revista internacional de poesía y teoría poética *Poesía*, del Departamento de Literatura de la Dirección de Cultura de la Universidad de Carabobo, y de la revista *Zona Tórrida*, de la misma universidad. Ha publicado numerosos títulos, entre los que podemos mencionar *El silencio del agua* (2007), *Álbum de mar* (2014), *Salitre* (2014) y *Resurrecciones* (2015) en poesía; *Orejada* (2012) y *El silencio del mar* (2012) en narrativa; y *La honda superficie de los espejos* (2007) y *Breve tratado sobre las linternas* (2016) en ensayo. Obtuvo el Primer Premio en el Concurso Nacional de Cuentos Fantasma y aparecidos clásicos de la llanura (2002), el Premio Nacional de las artes mayores (2005) y dos premios nacionales del libro región centro occidental (2008).

El piano viejo

Eran cinco hermanos: Luisana, Carlos, Ramón, Ester, María. La vida los fue dispersando, llevándolos por distintos caminos, alejándolos, maleándolos. Primero, Ester, casada con un hombre rico y fastuoso; María, después, unida a un joven de nombre sin brillo y de fama sin limpieza; en seguida, Carlos, el aventurero, acometedor de toda suerte de locas empresas; finalmente Ramón, el misántropo que desde niño revelara su insana pasión por el dinero y su áspero amor a la soledad; todos se fueron con una diversa fortuna hacia un destino diferente. Solo permaneció en la casa paterna Luisana, la hermana mayor, cuidando al padre, que languidecía parálitico lamentándose de aquellos hijos en cuyos corazones no viera jamás ni un impulso bueno ni un sentimiento generoso. Y cuando el viejo moría, de su boca recogió Luisana el consejo suplicante de conservar la casa de la familia dispersa, siempre abierta para todos, para lo cual se la adjudicaba en su testamento, junto con el resto de su fortuna, a título de dote.

Luisana cumplió la promesa hecha al padre, y en la casa de todos, donde vivía sola, conservó a cada uno su habitación, tal como la había dejado, manteniendo siempre el agua fresca en la jarra de los aguamaniles, como si de un momento a otro sus hermanos vinieran a lavarse las manos, y en la mesa común, siempre aderezados los puestos de todos.

Tú serás la paz y la concordia, le había dicho el viejo, previendo el porvenir, y desde entonces ella sintió sobre su vida el dulce peso de una noble predestinación.

Menuda, feúcha, insignificante, era una de esas personas de quienes nadie se explica por qué ni para qué viven. Ella misma estaba acostumbrada a juzgarse como usurpadora de la vida, parecía hacer todo lo posible para pasar inadvertida: huía de la luz, refugiándose en la penumbra de su alcoba, austera como una celda; hablaba muy poco, como si temiera fatigar el aire con la carga de su voz desapacible, y respiraba furtivamente el poquito de aliento que cabía en su pecho hundido, seco y duro como un yermo.

Desde pequeña tuvo este humilde concepto de sí misma: mientras sus hermanos jugaban al pleno sol de los patios o corrían por la casa alborotando y atropellando con todo, porque tomaban la vida como cosa propia, con esa confianza que da el sentimiento de ser fuertes, ella, refugiada en un rincón, ahogaba el dulce deseo de llorar, único de su niñez enfermiza, como si tampoco se creyera con derecho a este disfrute inofensivo y simple. Crecieron, sus hermanas se volvieron mujeres, y fueron celebradas y cortejadas, y amaron, y tuvieron hijos; a ella, siempre preterida, que hasta su padre se olvidaba de contarla entre sus hijos, nadie le dijo nunca una palabra amable ni quiso saber cómo eran las ilusiones de su corazón. Se daba por sabido que no las poseía. Y fue así como adquirió el hábito de la renunciación sin dolor y sin virtud.

Ahora, en la soledad de la casa, seguía discurrendo de la vida simple de Luisana, como agua sin ru-



mor hacia un remanso subterráneo; pero ahora la confortaba un íntimo contentamiento. ¡Tú serás la paz!... Y estas palabras, las únicas lisonjeras que jamás escuchó, le habían revelado de pronto aquella razón de ser de su existencia, que ni ella misma ni nadie encontrara nunca. Ahora quería vivir, ya no pensaba que la luz del día se desdenase de las insignificancia, y todas las mañanas, al correr las habitaciones desiertas, sacudiendo el polvo de los muebles, aclarando los espejos empañados y remudando el agua fresca en las jarras; y cada vez que aderezaba en la mesa los puestos de sus hermanos ausentes, convencida de que esta práctica mantenía y anudaba invisibles lazos entre las almas discordes de ellos, reconocía que estaba cumpliendo con un noble destino de amor, silencioso, pero eficaz, y en místicos transportes, sin sombra de vanagloria, sentía

ya que su humildad había sido buena y que su simpleza era ya santa.

Terminados sus quehaceres y anegada el alma en la dulce fruición de encontrarse buena, se entregaba a sus cadenas; y a veces turbada por aquel silencio de la casa y por aquel claro sol de las mañanas que se rompía en los patios, se hilaba por las rendijas y se esparcía sin brillo por todas partes arrebañando la penumbra de los rincones; mareada por aquella paz que le producía suavísimos arrobos, se sentaba al piano, un viejo piano donado de su madre hiciera sus primeras escalas, y cuyas voces desafinadas tenían para ella el encanto de todo lo que fuera como ella, humilde y desprovisto de atractivos.

Tocaba a la sordina unos aires sencillos que fueran dulces. Muchas teclas no sonaban ya; una, rompiendo las armonías, daba su nota a destiempo, cuando la mano dejaba de hacer presión sobre

“

Tú serás la paz y la concordia, le había dicho el viejo, previendo el porvenir, y desde entonces ella sintió sobre su vida el dulce peso de una noble predestinación”.

Rómulo Gallegos

ella; o no sonaba, quedándose hundida largo rato. Esta tecla hacía sonreír a Luisana. Decía: Se parece a mí. No servimos sino para romper las armonías. Precisamente por esto la quería, la amaba, como hubiera amado a un hijo suyo, y cuando, al cabo de un rato, después que había dejado de tocar, aquella tecla, subiendo inopinadamente, daba su nota en el silencio de la sala. Luisana sonreía y se decía a sí misma: ¡Oigan a Luisana! ¡Ahora es cuando viene a sonar! Una mañana Luisana se quedó muerta sobre el piano, oprimiendo aquella tecla. Fue una muerte dulce que llegó furtiva y acariciadora, como la amante que se acerca al amado distraído y suavemente le cubre los ojos para que adivine quién es.

Vinieron sus hermanos; la amortajaron; la llevaron a enterrar. Ester y María la lloraron un poco; Carlos y Ramón corrieron a la casa, registrando gavetas, revolviendo papeles. En la tarde se reunieron en la sala a tratar sobre la partición de los bienes de la muerta.

La vida y la contraria fortuna habían resentido el lazo fraternal, y cada alma alimentaba o un secreto rencor o una envidia secreta. Carlos, el aventurero, había sido desgraciado: fracasó en una empresa quimérica, arrastrando en su bancarrota dinero del marido de Ester, el cual no se lo perdonó y quiso infamarlo, acusándolo de quiebra fraudulenta; María no le perdonaba a Ester que fuera rica y no partiera con ella su boato y la estimación social que disfrutaba; Ester se desdenaba de aceptarla en su círculo, por la obscuridad del nombre que había adoptado; y todos despreciaban a Ramón, que había adquirido fama de usurero y los avergonzaba con su sordidez. Pero todas estas malas pasiones se habían mantenido hasta entonces agazapadas, sordas y latentes, pero secretas; había algo que les impedía estallar, una dulce violencia que acallaba el rencor y desamargaba la envidia: Luisana. Ella intercedió por Carlos, y porque ella lo exigía, el marido de Ester

no le lanzó a la vergüenza y a la ruina; ella intercedió siempre para que Ester invitase a María a sus fiestas; ella pidió al hermano avaro dinero para el hermano pobre, y a todos amor para el avaro; pero siempre de tal modo, que el favorecido nunca supo que era ella a quien le debía agradecer, y hasta el mismo que otorgaba se quedaba convencido y complacido de su propia generosidad.

Ahora, reunidos para partirse los despojos de la muerta, cada uno comprendía que se había roto definitivamente el vínculo que hasta allí los uniera, y que iban a decirse unos a otros la última palabra; y en la expectativa de la discordia tanto tiempo latente, que por fin iba a estallar, enmudecieron con ese recogimiento instintivo de los momentos en que se va a echar la suerte, y al mismo tiempo la idea de la hermana pasó por todos los pensamientos, como una última tentativa concili-

VIENE DE LA PÁG 3

liadora a cumplir el encargo paterno: ¡Tú serás la paz y la concordia!

Entonces comprendieron a aquella hermana simple que había vivido como un ser insignificante e inútil y que, sin embargo, cumplía un noble destino de amor y de bondad, y fue así como vinieron a explicarse por qué ellos inconscientemente le habían profesado aquel respeto que los obligaba a esconder en su presencia las malas pasiones.

En un instante de honda vida interior, temerosos de lo que iba a suceder, sintieron que se les estremeció el fondo incontaminado del alma, y a un mismo tiempo se vieron las caras, asustándose de encontrarse solos. Pero fue necesario hablar, y la palabra dinero violó el recogimiento de las almas. Rebulleron en sus asientos, como si se apercibieran para la defensa, y cada cual comenzó a exponer la opinión que debía prevalecer sobre el modo de efectuar el reparto de los bienes de la hermana y a disputarse la mejor porción.

La disputa fue creciendo, convirtiéndose en querrela, rayando en pelea, y a poco se cruzaron los reproches, las invectivas, las injurias brutales, hasta que por fin los hombres, ciegos de ira y de codicia, saltaron de sus asientos, con el arma en la mano, desafiándose a muerte.

Las mujeres intercedían suplicantes, sin lograr aplacarlos, y entonces, en un súbito receso del clamor de aquellas voces descompuestas, todos oyeron indistintamente el sonido de una nota que salía del piano cerrado.

Volvieron a verse las caras y, sobrecogidos del temor a lo misterioso, guardaron las armas, así como antes escondían las torpes pasiones en presencia de Luisana: todos sintieron que ella había vuelto, anunciándose con aquel suave sonido, dulce, aunque destemplado, como su alma simple, pero buena.

Era la nota de Luisana, sobre cuya tecla se había quedado apoyado su dedo inerte, y que de pronto sonaba, como siempre, a destiempo.

Y Ester dijo, con las mismas palabras que tanto le oyer a la hermana, cuando en el silencio de la sala gemía aquella nota solitaria: ¡Oigan a Luisana!

Fin

Publicado en *La Revista* (1916).

EL AUTOR

Rómulo Gallegos

(Caracas, 1884-1969). Narrador insigne al que se le considera el más destacado novelista venezolano del siglo XX. En paralelo a su labor literaria, desarrolló una carrera política desde muy joven, llegando a ocupar, durante nueve meses, la Presidencia de la República en 1948. *Doña Bárbara* (1929), *La trepadora* (1925), *Pobre negro* (1937), *La brizna de paja en el viento* (1952) y *Canaima* (1935) se cuentan entre sus novelas más reconocidas. Publicó además los libros de cuentos *Los patriotas* (1911), *La rebelión y otros cuentos* (1946) y *La doncella y el último patriota* (1957).



Dos cuentos de Juan Armando Epple

Adánica

Adán busca insistentemente a Eva. Escribe mensajes en los diarios, en los carteles de propaganda de los buses, y para hacerse perdonar le ofrece una casa nueva y un huerto de manzanas.

Un día recibe una nota, escrita en una hojita verde: gracias por tus palabras y las manzanas. Pero ahora prefiero al queso.

La nota trae una firma: Yo, la peor de todas.

Fin



Odisea local

Menelao sabe que ya no recuperará a Helena. No solo porque ella, mucho antes del combate que puso en tensión tanto fuego amoroso, se había decidido por París, sino porque dejó que ardiera Troya.

Fin

De *Con tinta sangre* (1999).

EL AUTOR

Juan Armando Epple

(Osorno, Chile, 1946). Profesor en la Universidad de Oregón (Estados Unidos) y uno de los mejores conocedores del microrrelato hispanoamericano. Ha publicado las antologías *Brevísima*

relación. Nueva antología del microcuento hispanoamericano (1999) y *Cien microcuentos chilenos* (2002), y una recopilación de *Microquijotes* (2005). Es autor, además, de las obras de minificiones *Con tinta sangre* (1999) y *Para leerte mejor* (2010).

